



SOCIOLOGIA

Sección española.

CAPCIOSIDADES

En el laberíntico combate en que nos hallamos empeñados los amantes de la libertad, del bien social y el progreso, cada día chocamos con nuevos y más formidables obstáculos.

Nuestras doctrinas de redención y justicia han alterado, con su impulsión dinámica, el tranquilo regodeo en que vegetaban y bullían, en la placidez augusta de dulces expansiones y jamás profanadas omnipotencias, los *amos* del mundo.

Sociológicamente hablando, hemos realizado una gran revolución y obtenido completa y honrosísima victoria.

Sólo así se explica la decisiva resolución adoptada, en presencia del mal cariz que van tomando las cosas, por los que todo lo dominan, disponen y regulan á su particular antojo y *sabia conveniencia*.

Dioses en quiebra, los omnipotentes, los *señores*, los que explotan y dominan la masa social esclava, han descendido de sus áureos sitiales para tomar plaza en pro de su celestial supremacía á punto de derrumbarse, y no desperdician ocasión ni momento en que poder lucirse, rompiendo con donosidad y gallardía de héroes quijotes-cos, lanzas en defensa del imperio del capital. Sólo así se explica la poca lógica y gran sofistería científica con que los *sabiondos* defensores del capitalismo tratan de demostrar, probar y comprobar la *providencial y redentora misión* del capital individualizado en los progresos de las sociedades, pues llega su atrevimiento á tanto, es tan aguda la sutileza y tan exuberantes resultan las pruebas de asombrador ingenio con que procuran deslumbrarnos, que ante nada se detienen; y capciosos y acostumbrados á falsearlo todo con los adobos y condimentos redentores de la habilidad y el amaño didácticos, á fin de santificar el régimen de privilegios y osadías arbitrarias en que vivimos la vida rebajante de la dependencia y la degeneración, sientan conclusiones é hilan teorías tan singulares y extrañas como la siguiente:

—«Sabemos—dicen los señores economistas—que el capital es el resultado final del trabajo, que es trabajo acumulado, y por lo tanto, reconocemos la grandeza social de los trabajadores; pero si es digno, si es noble, si es levantado el trabajo de los proletarios, porque significa una virtud, al fin es una virtud que encuentra una compensación íntima, inmediata; y si pudiera haber escala gradual, escala cromática en el desarrollo de la virtud, podríamos decir que el trabajo del proletario, que el trabajo

que se consume al día, es una de esas virtudes que casi dejan de serlo por encontrar su compensación inmediata en los goces del presente; porque la idea del dolor, del sufrimiento que se experimentaría al no realizar ese acto de virtud, viene á menguar el valor que ese acto tiene en sí. Pero, de todas suertes—prosiguen,—si el trabajo, como esfuerzo consagrado á obtener los goces, pero también los deberes del presente, es digno, muy digno, hay otro trabajo mucho más digno todavía; porque si el hombre que vive al día es hombre á quien debe aplaudirse, siempre que ponga á contribución sus fuerzas y realice sus fines mediante su laboriosidad, el hombre que no se limita á trabajar para satisfacer inmediatamente sus necesidades, el hombre que, lejos de limitarse á trabajar para vivir al día, piensa en el porvenir, el hombre que se priva de goces del momento para precaver contingencias del futuro, el hombre que piensa en su familia, en sus padres, en su esposa, en sus hijos; el hombre, en una palabra, que no quiere consumir todo lo que *elabora y produce*, es digno de toda consideración. Por consiguiente—concluyen nuestros adversarios,—si el trabajo en general es digno de loa, el trabajo ahorrado, el trabajo economizado, que se reserva para las contingencias del porvenir, es un trabajo dignísimo, es un trabajo santo; y ese trabajo es lo que podríamos llamar el *trabajo de la virtud*. Tal es el capital y tales resultan los capitalistas; digan lo que quieran los enemigos del orden social, *el capital es el trabajo de la virtud, y sus poseedores legítimos, por regla general, son los obreros más dignos y virtuosos, porque ellos supieron ahorrar para proclamarse independientes, redimidos por sus propios desvelos y heroica prudencia.*»

Ya lo oyen los trabajadores, ya lo ve el mundo productor. A decir de los que sirven la causa del capitalismo, de los que trabajan por la perduración del régimen imperante, *el capital es santo, es el trabajo de la virtud*, y, por lo tanto, cada capitalista, cada explotador del trabajo ajeno, resulta un varón ilustre, dignísimo, acreedor, por su virtud heroica y santa laboriosidad, á ser canonizado.

Pero entremos, entremos sin demora en el análisis de tamañas afirmaciones; dispongámonos á verificar con ánimo sereno y varonil empuje la disección de todo lo precedentemente expuesto, y después ya veremos cuán bien parados quedan ese santificado capital, producto legítimo del trabajo de la virtud, y esos trabajadores capitalistas, tan laboriosos, activos y ensalzados... Es cuestión de un momento.

Afirmar que el trabajo proletario, engendrador, amoroso y fecundísimo de toda riqueza y capital social, es una virtud relativa, resulta tan absurdo y sociológicamente perturbador, que uno no sabe explicarse tan extraño modo de razonar. Porque, señores defensores del capital, si el trabajo proletario no es santo ni digno, ustedes mismos proclaman la inmoralidad de los que lo acumulan para constituir sus grandes capitales á expensas de la miseria del prójimo despojado, ya que está perfectamente averiguado que no existe más trabajo que el trabajo natural y el que realizan los proletarios, ni otros trabajadores, ya manuales, ya intelectuales, que los despojados.

Habláis con énfasis de los *trabajadores capitalistas*, que han llegado, según vuestras hipócritas afirmaciones, por su *mucho trabajar y poco consumir*, á los tranquilos dominios de la riqueza; pero estos sofismas, pero tales capciosidades no pueden ser aceptadas como verdades por nadie; porque, ¿quién ha visto que un solo obrero, uno solo siquiera, haya logrado hacerse rico con las economías arrancadas á su mezquino jornal? ¿Qué obrero podréis mostrarnos que, sin ejercer explotación de trabajo ajeno ni degradarse en los lodazales del deshonor, haya llegado por su individual esfuerzo á constituirse en capitalista colosal? ¿Dónde están las soberbias pirámides, dónde los

palacios suntuosos, levantados por obreros enriquecidos con el sudor de su frente?...

Hasta el día en el mundo no ha habido más trabajadores que los desheredados ni más capitalistas que los explotadores de las fuerzas del trabajo ajeno ó los que se apoderaron violentamente de la riqueza de los demás.

Conocemos vuestro sistema de hipocresía y engaño: habláis así, afirmáis que la riqueza se funda en el trabajo y en la economía; decís que los capitalistas se han enriquecido trabajando, para hacer creer al obrero, en su calidad de *buen Juan* eterno, que puede llegar á emanciparse de su actual servidumbre y gran miseria mediante la práctica absurda del *ahorro*, siendo económico y sobrio ó, digámoslo de una vez, constituyéndose en el *tirano de sí mismo*. Porque en el presente régimen de explotación y tiranía, ¿qué significa ahorro? ¿Qué virtud social supone el ahorrar? Analicemos el asunto y así nos convenceremos de lo que en sí encierra la práctica de tal virtud económica.

Ahorrar es reducir, es limitar, es cercenar los gastos; es no consumir todo lo que se desea; es privarse, cohibirse de todo lo que deleita, agrada, conforta, ilustra ó ro bustece; es vivir una vida deficiente, mezquina, automática, sin expansiones ni goces, vida irracional y maldita que degrada y aniquila; en una palabra, ahorrar es derrochar la propia existencia, no proporcionándonos todo cuanto para conservarla necesitamos por el afán suicida de reunir algunas miserables pesetas, afán que nos conduce prematuramente al sepulcro.

Querer, pues, que los obreros ahorren es empujarlos al suicidio, es predicarles para que lleguen al más embrutecedor de los estados: al estado de la miseria resignada.

El obrero no puede ahorrar, porque si tuviera algo sobrante, algo superfluo, algo economizable, pronto, muy pronto inventarían el mejor modo posible—cualquiera es bueno—de detentárselo los capitalistas derrochadores, que son los únicos á quienes les es dado *no ahorrar*, porque de esto jamás se cuidaron, pero sí acumular productos ajenos.

Sí; no os asombréis, señores economistas al uso, los *capitalistas derrochadores* son los únicos á quienes les es dado *crear* grandes riquezas, porque, por más que os esforcéis en hacernos creer lo contrario, la verdad es que no se forman las grandes fortunas *ahorrando*, sino *derrochando*. No, no; no se acumulan las grandes riquezas trabajando y á expensas del trabajo propio y exclusivo del que las acumula, sino holgando y explotando las fuerzas del trabajo ajeno. Y no es que nosotros seamos, sociológicamente hablando, enemigos del ahorro; somos partidarios del ahorro social, no del ahorro suicida que acaba con la existencia del sér que lo practica.

Ya hemos visto el valor que tienen las doctas argumentaciones y serios razonamientos de los señores economistas y examinado la santa virtud en que se informa el capital privado, producto de la explotación y el despojo. Ahora que refuten, si así les cuadra, nuestras afirmaciones, que demuestren con otros nuevos razonamientos, de lógica menos especiosa, la santidad y la utilidad redentoras de los *pseudos trabajadores capitalistas*.

Nosotros cumplimos con terminar afirmando de un modo concluyente que no hay nada más heroico, digno, santo y elevado que la eterna labor del trabajo realizado por los proletarios, sin más esperanzas de bienes y dichas ulteriores que llenar insuficientemente las necesidades del momento, y que si de algo pecan estos proletarios honradísimos, es de demasiado prudentes, ya que si ellos quisieran decidirse con suprema energía, con energía virilmente revolucionaria, bastaría *querer* para acabar

con la impertinente osadía de los que proclaman que el capital que poseen los parásitos, los despojadores, es el *trabajo santificado de la virtud*.

DONATO LUBEN.

CATALANISMO Y SOCIALISMO

Es innegable que el ambiente está saturado de catalanismo y que el odio al poder central, á la política madrileña, á la mentira triunfante en todos los organismos, ha venido á fortalecer el movimiento antes puramente sentimental del regionalismo. Hasta ahora, el catalanismo había consistido en algo así como un partido de estufa, que no podía sufrir el contacto con la realidad ambiente, y si por fin ha salido al aire libre, débese, en parte, á los desplantes patrioterros de los Romeros y del incommensurable *Imparcial*.

Sí; los catalanistas deben estar profundamente agradecidos á los catalanófobos de Madrid, así como lo han de estar á Dewey y Sampson, quienes, en el terreno de la acción, que es el más importante en estos tiempos de excesiva cordura, han hecho más por Cataluña que cualquier *segador* platónico.

El catalanismo, ideológicamente, es subversivo, pero en la práctica, es el partido menos revolucionario que hay en España. Si el catalanismo hubiese tenido sólo una pequeña parte del instinto revolucionario del carlismo, hubiera dado serios disgustos al poder central.

Mientras existiera en auge algún partido español, el catalanismo no podía tener vitalidad política, pues los catalanes españolistas habían de ser el principal obstáculo á una política esencialmente catalana.

Afortunadamente para los catalanistas, todos los partidos españoles han fracasado, y habiendo coincidido este fracaso con el de la nación en la reciente contienda, de ahí que la gente reflexiva comprenda que la regeneración de España no puede ser llevada á cabo por ningún partido político de los que ahora existen. Este factor es el que da fuerza al actual regionalismo económico, siendo lógico y natural que un país tan metalizado como Cataluña, sólo hubiera de manifestarse compactamente y con vigor en la defensa del *Libro de Caja*.

Del regionalismo de *flors y violas* de los certámenes literarios, se ha pasado bruscamente al regionalismo del *tancament de caixas*. Indudablemente esto es hacer política catalana; pero política fragmentaria al fin.

Actualmente esta política, esencialmente catalana, tiene gran valor, por dos conceptos: primero, el aunar los esfuerzos de todos los catalanes hacia el ideal autonomista, y segundo, porque protestando contra la malversión y la inmoralidad administrativa, se va en camino de sanear los actuales organismos oficiales. Pero ahondando algo más, es decir, huyendo de la superficialidad de los números, se puede decir que, después de obtenidas esas reformas positivas, Cataluña permanecerá tan española, tan atrasada y tan salvaje como antes.

Un país no se regenera solamente con la nivelación de presupuestos, ni con conciertos económicos, sino con una constante labor para elevar la cultura individual, y constante esfuerzo para hacer asequibles á todas las clases los mayores é intensos goces de la vida toda.

Para la personalidad intelectual de Cataluña, tiene mayor transcendencia la autonomía universitaria que las demás reformas pedidas por los catalanistas oportunistas.

Mientras no se reforme totalmente la enseñanza, no hay que creer en la posibilidad de la regeneración de Cataluña.

Se ha de suprimir la libertad de enseñanza, si se quiere que desaparezca la educación confesional jesuítica, que es la causa primordial de nuestro atraso. De los beneficios de la supuesta libertad de enseñanza, sólo se han aprovechado las órdenes religiosas, haciendo que en España el medioevalismo triunfara en todas las fases de la vida social.

En este punto, los catalanistas históricos son tan nefastos como los demás reaccionarios españoles, pues no han hecho nada para contrarrestar el triunfo del poder eclesiástico. Muy al contrario, el catalanismo oportunista es feudatario del clericalismo, y por este motivo los catalanistas arqueológicos tendrán siempre en frente a los que posponen toda reforma económica a los derechos del hombre. ¿Qué ha de importar-le al catalán moderno que Cataluña sea autónoma si él no puede serlo? ¿Qué vale un *home rule* cualquiera, si la conciencia está aprisionada, si se han de perseguir aún los delitos de opinión?

El patriotismo no ha de ser absoluto é incondicional, pues lo absoluto no existe. El catalán moderno quiere, ante todo, libertad, derecho al examen y a la crítica, a la investigación; pues sólo con la investigación se podrá superiorizar nuestro intelecto.

Mientras Cataluña no busque su autonomía fuera de los moldes históricos, no es posible que alcance el triunfo de sus aspiraciones. O será moderna ó no existirá, es decir, seguirá atada al *enfermo* de accidente.

Para modernizarla se han de racionalizar todas las fases de la vida social, siendo una de las principales la emancipación de la tutela religiosa.

Cataluña autónoma ha de hacer soberanos esfuerzos para obtener la separación de la Iglesia y del Estado, así como para salvarse del peligro militarista que está corrompiendo a las naciones europeas.

En este sentido, ¿han hecho algo los catalanistas? La contestación nos la da la conducta de la Barcelona catalanista enfrente del proceso de Montjuich. Los que protestan de los procedimientos contra los contribuyentes, son los mismos que apoyaron al gobierno en aquella infame represión del anarquismo, olvidando que para que un país pueda considerarse completamente autónomo, ha de dejar sentar como principio emanente de la soberanía, la imposibilidad de atropellar el *habeas corpus*. En un país verdaderamente libre, la autoridad no puede suspender el ejercicio de los derechos individuales.

Como decía Goethe, un país puede considerarse libre cuando en todo momento histórico está dispuesto a defender su libertad.

* *

La cuestión catalana en sus relaciones con la lucha por la libertad y la reforma social que nosotros deseamos, presenta un aspecto candente de un valor substantivo é inmediato. Esta es la actitud que los obreros catalanes deben adoptar ante el problema del autonomismo de Cataluña. Tengo la completa seguridad de que la mayoría de los obreros catalanes que piensan, sienten simpatía hacia todo movimiento que tienda a exaltar el principio autonomista, pues conseguida la independencia de Cataluña, la lucha de clases ha de ser después más fácil y con ventaja para el proletariado, quedando entonces descartado el apoyo del ejército español que, en la actual

Constitución del Estado, es el matón de que dispone la Cataluña judía y sancho-pancista para la defensa de sus privilegios.

Al objeto de impulsar la revolución económico-social, los obreros deben ayudar á las reivindicaciones autonomistas; pero sin confundirse con los catalanistas, para poner su atención en un ideal más elevado y por encima de exclusivismos de nacionalidad y de clase.

Tal como está planteado el problema regionalista permite prever que estamos en el preludio de un vigoroso cantonalismo económico, más fuerte que el de Alcoy y Cartagena en 1873; pero con esperanzas de llegar felizmente á la realización de su objetivo; pues si los cantonalistas de marras eran unos *descamisados*, los de ahora llevan camisas de lo más *superchic*. El movimiento de entonces era más idealista y romántico; el de ahora es de un gran materialismo práctico, ante el cual van á sucumbir todos los idealismos quijotesco de la vieja España. El desorden intelectual que entonces reinaba en Cataluña privó de que los federales de Barcelona proclamaran el Estado catalán, cuya circunstancia ante la reacción alfonsina posterior, hizo que esta región no se separara de España. Los viejos federales se arrepienten de haber obedecido á su jefe Pí y Margall, quien les disuadió de que llevaran á cabo aquella proclamación; y si ahora se repitiera el mismo estado de cosas, los nuevos federales prescindirían de toda influencia ajena á este ambiente. Lo que antes era desunión, ahora es unanimidad, fenómeno que tal vez, desde la guerra de sucesión de 1710 no se ha repetido en la historia política de Cataluña. Hay que tener en cuenta, empero, que así como en la revolución de Septiembre el proletariado catalán no se dejó alucinar por la sirena que explotaba el partido progresista, sino que se identificó con los ideales—aunque vagos é indeterminados—de la Internacional, ahora, ante la próxima descomposición de España, se inhibirá cuando estén en lucha pasiva elementos como los que contienen con motivo de presupuestos, cuestiones tributarias y de descentralización; pero entrarán vigorosamente en la lucha cuando aquellos elementos choquen, para constituir un nuevo estado de derecho. Y de esta inhibición inteligente, que tiene sus raíces en la malhadada represión de todo ideal humanitario, fructificada por los gobiernos de la Regencia, instigados cruelmente por una mesocracia estúpida é intelectualmente castrada, no saldrá tampoco, la clase obrera, porque venga un Sanz Escartín cualquiera á descubrir que los privilegios de esa clase son discutibles. El proletariado catalán no necesitaba que ningún pretor pedante viniera á hacer ese descubrimiento, así como es bastante lista para no caer en las redes de ese socialismo católico predicado por partidas de la porra. El proletariado catalán hará muy bien en permanecer en actitud expectante enfrente de una contienda entre el fisco y la arbitrariedad de una parte, y de la otra, los intereses de contribuyentes, que no tienen otro ideal que el de una administración sin filtraciones; pero si algo gordo le hiciera salir de su retraimiento, sería sólo para ponerse enfrente de la autoridad y sus representantes. Luchando contra este principio tan arbitrariamente aplicado, los proletarios han de ayudar á todos cuantos elementos trabajen para menoscabarlo.

Así lo han hecho los partidos socialista y libertario ante la cuestión Dreyfus. Sin la fuerza moral é intelectual que los partidos revolucionarios aportaron á la agitación dreyfusiana, la revisión de este proceso no hubiese tenido lugar, y como la corrupción del Estado Mayor francés no se habría hecho patente, el ejército hubiese continuado gozando de la superstición chauvinista, embuida en el pueblo, merced á la idea de *la revanche*.

España es una nación quebrada. En el ánimo de todo el mundo está que la inocente daga florentina de Silvela se convertirá en puntilla para rematar la unidad nacional.

Esta perspectiva ha de ser aplastante para los corazones que son sinceramente patriotas; pero los espíritus que se han hecho superiores á una idea rancia, que es un fuerte obstáculo al progreso y á la justicia, han de ver con gran placer cómo se descompone una nación que ha estado reñida siempre con las ideas madres de la civilización moderna.

El patriotismo es la disciplina pasiva de los humildes; desapareciendo este sentimiento, la levadura para constituir el ejército desaparecerá también.

Concretando este problema á Cataluña, se observa que, siendo el catalanismo el despertar de una patria enfrente de otra superpuesta, los proletarios catalanes no se han de dejar arrastrar á una patriotería sentimental, por cuanto, desde el momento en que el catalanismo es una doctrina esencialmente mesocrática, ellos han de atender en primer término á sus intereses de clase.

Ahora bien; si el triunfo del autonomismo ha de traer la abolición de las quintas, la supresión inmediata de impuestos que, como el de consumos, perjudican más al pobre que al acomodado; el respeto á todos los derechos individuales, siendo inalienable la expresión y expansión de todas las ideas; una política antiproteccionista que permita la entrada de los víveres sin derechos arancelarios; una garantía para los obreros, de que serán respetadas todas sus asociaciones y organizaciones, entonces el proletario podría aceptar el nuevo estado de derecho como un paréntesis que le permitiera reorganizarse capacitándose para la lucha que, tarde ó temprano, ha de sobrevenir.

Si, como todo hace suponer, el triunfo del catalanismo, hubiera de representar la continuación de un *estado de fuerza* en lugar de la creación de un nuevo *estado de derecho*, los proletarios deberían trabajar con toda su fuerza por la caída de un régimen que consistiría solamente en moralizar la Administración para subyugar más á las clases populares.

Así está el problema. Bajo este prisma deben verlo también los pensadores catalanes que se preocupan de la cuestión social. Lo notable es que en Cataluña, región tenida por egoísta y considerada generalmente como faltada de espíritu colectivo, haya ahora plétora de organización, de lo que se llama *fuerzas vivas*, mientras que es des-cuidada por los que más tendrán que confiar en ella, esto es, los proletarios.

Hay que rehacer el espíritu social en las masas, procurando que no se empleen todas las energías en el cooperatismo, que parece ser lo que actualmente atrae más á las clases obreras de Cataluña.

A la regeneración mesocrática hay que oponer la regeneración proletaria; hay que organizar las fuerzas socialistas; hay que aunar los esfuerzos de todos, haciendo desaparecer la dualidad de los trabajadores industriales y los agrícolas; hay que difundir la instrucción, y por encima de todo, hay que combatir la tendencia al integristismo que se observa en los partidos políticos y que en los socialistas produciría peores daños.

Nos hallamos en vísperas de honda transformación política, y si los hechos no se producen bajo una orientación social determinada, será debido á la falta de preparación del proletariado.

Advertido éste, es como puede esperar ventajosamente el resultado de los acon-

tecimientos, y como puede ocupar el puesto que indisputablemente le corresponde en el nuevo estado de derecho.

JAIME BROSSA.

Sección del Exterior

LA TESIS EN EL ARTE

Un libro, un cuadro ó una obra cualquiera de utilidad ó de imaginación, ¿puede propagar una idea, sin que deje de ser una obra de arte? Hay quien lo niega pretendiendo que, para ser verdaderamente artística la obra, debe brotar espontáneamente de la imaginación del autor, como encarnación de lo que él ha observado en la vida, poniendo de lado ideas y teorías.

Y, lo que hasta el presente se ha hecho en este sentido, tiende á darles la razón, según lo baladí del asunto que tratan libros y cuadros de tesis que conocemos.

Y eso so comprende.

Si el artista, obcecado por un sistema, corta y recorta sobre los hechos hasta forzarlos á apoyar la tesis sentada, es evidente que su producción no pasará de una obra coja. Y como quiera que hay muy pocos hombres completos, no es extraño que aún no hayamos visto una obra que reuna la belleza del arte á la propaganda de un ideal.

Muy pocos autores saben razonar sus ideas, equilibrar su juicio hasta resistir á la tentación de torcer un hecho cuando éste va contra un sistema preconcebido. Si son lógicos, les falta el sentido artístico; tienen un temperamento refractario al entusiasmo; de ahí la aridez y frialdad en sus obras.

Pero el hecho de que esa *rara avis* aún no se haya mostrado, ¿prueba que nunca la veremos? O el hecho de que esas dos cualidades hayan ido siempre separadas, ¿prueba que no se unirán un día?

Por mi parte, no veo teóricamente que una convicción consciente, radiante, lógica, sea un obstáculo á la obra artística. Si la idea que se pretende demostrar es justa, ¿por qué no ha de expresarse, cuando tantas cosas falsas han sabido revestir la forma artística y causar emoción durante cierto tiempo? Para eso tan sólo bastaría hallar en un mismo individuo las cualidades que caracterizan á un Balzac ó á un Bakounine. Y esto lo creo yo posible, cuando los hombres, en lugar de limitarse al desarrollo exclusivo de una pequeña parte de sus facultades, sepan y puedan desarrollarlas todas.

A esto suele objetarse que el arte no progresa, que varía según las épocas, pero que no se puede establecer jerarquía, puesto que una obra de arte de los griegos, vale tanto como una obra de arte de la Edad media, ó de nuestra época.

Conforme; tanto más conforme, cuanto que la jerarquía no existe. El hombre es el que ha sentido la necesidad de establecer grados en sus conocimientos, sin duda porque eso es un medio de reconocerse en ellos más fácilmente; sólo su ignorancia les ha dado valores desiguales.

La obra de arte es un objeto que habla á nuestros sentidos, exalta nuestros sentimientos de modo casi siempre inconsciente, lo mismo en el que la ha creado que en el que sufre su encanto. Pero, ¿sería tal obra de arte si no pudiera resistir á la crítica

de la razón? No lo creo, y esto nos prueba ya que la conciencia no es inconciliable con el sentido artístico.

¿Cómo se comprende, pues, que hasta ahora se hayan producido tan pocas obras ó ninguna, según el punto de vista desde donde se mire, que hermanen la fría razón con el ardor emocional artístico?

Nos dará la respuesta, la definición de la inteligencia: «La inteligencia es una adaptación de funciones internas á las relaciones externas.»

Es decir que, cuanto mayor es la conciencia que el hombre tiene de sus actos, de sus relaciones con los fenómenos naturales, más inteligente es. De donde resulta que, si un hombre pudiera conocer todas las relaciones existentes entre los actos que realiza y su medio, no movería un dedo sin prever las reacciones que pudiese motivar su movimiento. Este hombre prevería el porvenir y dudo que semejante sér vea la luz jamás. Porque el artista no está adaptado á todas sus relaciones externas, produce obras incompletas.

Pero si no creo en los dioses, creo sin embargo en el progreso humano; y sin creer que los hombres puedan llegar un día á no producir sino obras agradables, creo que llegarán, cuando menos, á no ser tan ignorantes sobre las consecuencias de sus actos, con lo cual ganarán en sentido artístico.

Tales reflexiones me ha sugerido la lectura de *Fecundidad*, en la que Zola se proclama propagandista de la vida de dilatación, de la naturaleza en actividad procreativa, viniendo precisamente á parar en el *quid* de las dificultades de que me vengo ocupando.

Zola estaba preparado para oír las quejas de nuestros patrioterros que gimen ante la desaparición de la Francia degenerada y falta de prole.

Por eso, en *Fecundidad* nos muestra Zola una familia que brota, crece y se desarrolla, en cuanto el padre abandona la ciudad y la industria para terrenos incultos, aumentando, cada dos años, su fortuna en un hijo y en varias fanegas de tierra.

Para apoyar su tesis, nos muestra las familias que no tienen hijos, ó que, habiéndose valido de medios de restricción, vanse desmembrando, disgregando, camino de la ruina, en razón de sus prácticas ó de la muerte del hijo único.

Nos muestra todo eso de modo bastante plausible. Pero aun admitiendo la posibilidad de lo que él nos dice, eso no pasaría de un simple caso particular; de ninguna manera probaría que su tesis sea una verdad general. Zola, no alcanza, pues, el fin que se propuso.

Su Froment es un hombre emprendedor, que tiene la suerte de encontrar un propietario de buena pasta que le proporciona á bajos precios terrenos incultos; pero nuestro autor olvida que su héroe lo pasa muy mal mientras su familia espera el fin de mes para pagar las deudas y poder contraer otras nuevas. Sin transición, nos presenta su Froment en el capítulo siguiente, con los ahorros suficientes para intentar la aventura de los terrenos incultos, de los que saca grandes cosechas.

Esto es tanto más inverosímil, cuanto que Froment no tiene más que tomar sus terrenos, levantar algunas piedras, desviar algunos manantiales, y helo en plena producción al año siguiente. Todo viene de perilla. Pero en la vida real generalmente las energías, aun las más tenaces, estréllanse contra imposibilidades y resistencias, y las mejores fracasan, faltadas del nervio de la guerra: el dinero.

Zola ha previsto la objeción, poniendo al lado de Froment, la familia Moineaud

un obrero que hace muchos hijos, pero que dotado de una naturaleza blanda, está condenado á vegetar en las funciones bajas y humildes, en la miseria. Lo cual no prueba que en la sociedad actual, la energía sea suficiente para que el hombre salga de la miseria

*
* *

Zola nos enseña el lado bueno de la maternidad, la mujer de Froment que da á luz incesantemente, por lo que se juzga feliz; pero aun en esto no se enseña más que un lado de la cuestión. Puede haber mujeres á quienes agraden los partos continuos; que experimenten placeres en la gestación; allá ellas, cada uno es dueño de gustar ó no gustar de una cosa.

Pero esto es también un caso particular en el que Zola no ha acertado, queriendo hacer de él una tesis general. A una mujer puede no serle grato el ideal de estar constantemente en cinta, ó de ser nodriza perpetua, sin que por esto sus condiciones personales sean peores.

A mí me gustan los chiquillos; dos ó tres á mi alrededor no me disgustarían; pero si yo fuera mujer, se me figura que mi ideal no iría mucho más allá.

He visto madres de familia, obreras, por el estilo de la madre Mathieu; su suerte nada tiene de envidiable. Siempre trabajando sin tregua ni descanso; en veinte años de casadas no han salido quizá diez veces de París para ir de campo.

Aun admitiendo que sean ricas; admitiendo la realización de nuestro ensueño en una sociedad en la que cada cual tuviera la existencia asegurada, ¿qué sufrimiento, qué esclavitud si la mujer desempeñara su papel de madre, como debe ser desempeñado! (1)

El razonamiento de Zola es tanto más falso cuanto que no es verdad que la felicidad y la riqueza aumenten con la población. Si la sociedad continuara siendo una organización para garantizar los privilegios de una minoría, ésta, habiéndose apoderado de los medios de producción, seguiría explotando á la mayoría. Y en la lucha social no triunfa el más enérgico, sino el más pillo.

Y el que, como un hijo de Mathieu, se va al Africa, se hace un auxiliar de la expoliación, por cuanto cava su fortuna en detrimento de los demás.

Que no se me acuse de malthusianismo. Yo creo que yerran igualmente los que creen resolver la cuestión social, limitando los nacimientos. En una sociedad mal organizada, la mayoría puede ser tan desgraciada con una población reducida como con una población extensa. La cuestión no consiste en el número.

Zola en *Fecundidad* ha fracasado, porque solo encarna uno de los múltiples lados de la cuestión; y ese es el escolló donde zozobran todos cuantos parten de una idea mal digerida; porque con frecuencia pretenden hacer una teoría general de ideas que tan solo encierran una moral individual, en la que cada uno puede obrar según sus tendencias, sus aptitudes y sus afinidades.

J. GRAVE.

(1) No estamos conformes con el autor. La maternidad, según nosotros, no puede tener otros límites que la naturaleza y el deseo de la mujer. Además, criar hijos no es un martirio si se crían á gusto, y una madre puede criar á gusto todos los que la naturaleza le haga concebir. —N. de la R.





CIENCIA Y ARTE

Telégrafo impresor "Breguet-Arbex."

Conocido es el gran número de aparatos impresores, nuevos unos y modificaciones más ó menos esenciales otros, que han sucedido al telégrafo escritor Morse, y sabido es también, que á pesar de la reconocida competencia de sus autores, son muy contados los que la práctica ha aceptado, y éstos aun á expensas de sus inconvenientes, que limitan sus aplicaciones en algunos, tales como los de Alincourt y Joly, ó exigen personal idóneo por su complicado mecanismo en otros, como le sucede al ingeniosísimo de M. Hugues, el más extendido en la actualidad.

Excluyendo este último, que pertenece á otro orden de ideas, los demás telégrafos impresores están fundados en que en vez de girar la aguja indicadora y detenerse para marcar el signo sobre un cuadrante, gira la rueda de los tipos, deteniéndose en la posición que convenga para imprimir sobre una tira de papel la letra que se desea, y las diferencias estriban en la manera de conseguir este resultado los distintos aparatos, la buena marcha de todos los cuales la dificultan las causas siguientes:

1.^a La masa que forzosamente ha de tener la rueda de los tipos y la velocidad que necesita adquirir en cada período del escape, exige un trabajo que ha de desarrollar el aparato de relojería, cuya fuerza se halla limitada por la que puede engendrar para producir dicho escape el electroimán que pone en acción la corriente de línea.

2.^a La gran velocidad de transmisión que exigen los mecanismos impresores, para que sólo se produzca la impresión de la letra que se desea.

Estos inconvenientes, así como también el retraso que introduce en la transmisión el tener que representar los números literalmente, son los que se ha propuesto evitar el comandante de ingenieros Sr. Arbex, con el aparato de que es autor, el cual reúne además las importantes ventajas de sencillez en su manejo, facilidad de instalación y comodidad para su transporte, aparte del automatismo, condición muy conveniente en diversas aplicaciones.

Con objeto de aprovechar los aparatos Breguet existentes, el autor no varía su mecanismo, agregando á él lo necesario para convertirlo en impresor, y por esta causa lo denominamos con el título que encabeza estas líneas, justificado con exceso por la importancia de la transformación.

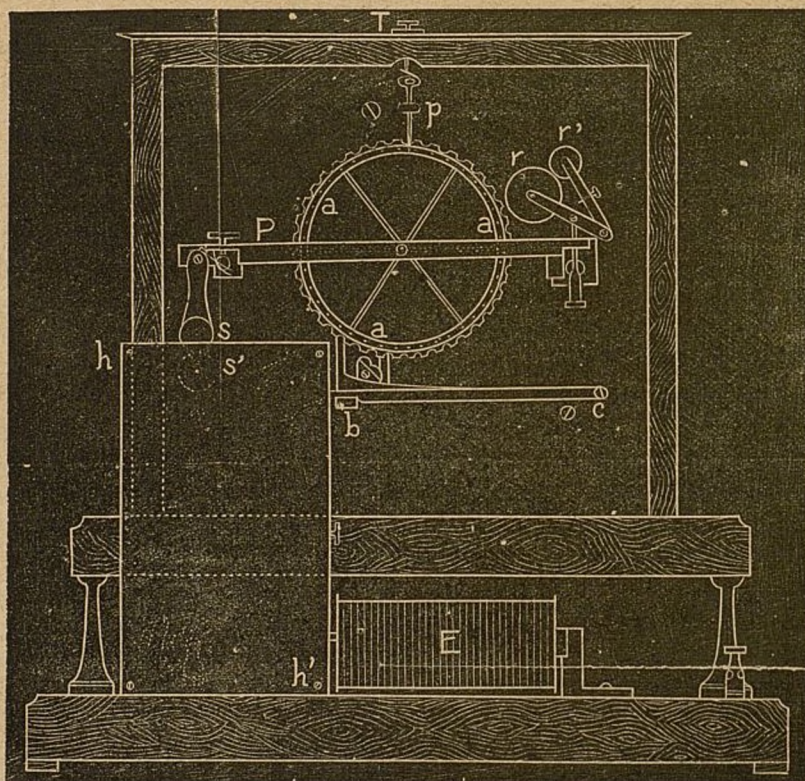
Las partes fundamentales del aparato que vamos á describir en líneas generales, son: la rueda de los tipos, el péndulo interruptor y el mecanismo impresor.

El manipulador sólo se diferencia del actual, en haber sustituido el disco de latón que lleva marcadas las letras y números por otro, en el cual las dos circunferencias concéntricas están divididas en 29 sectores (en vez de en 28), correspondiendo 26 á las letras del alfabeto, uno á la cruz y los otros dos al blanco de las letras y al blanco de los números en la circunferencia exterior, estando marcadas en la interior los números y signos de puntuación alternados.

El receptor es también el mismo Breguet, adosando á la pletina, en que están marcadas las letras y números, otra de idénticas dimensiones, atravesada por el eje de la aguja indicadora que se sustituye por la rueda de tipos. Dicho eje descansa por su extremo exterior en un cojinete abierto en pequeño puente, fijo á la pletina, la cual

lleva también los ejes de giro de los cilindros repartidores de la tinta y de uno de los que guían la cinta de papel.

En el centro del lado superior de la pletina, está montado un pequeño péndulo de aluminio, que cuando toca en un tornillo que atraviesa la tapa superior del receptor, cierra el circuito en una pila local.



Telégrafo impresor Breguet-Arbex.

T, tornillo por intermedio del cual se cierra el circuito local, al ponerse en contacto con la lámina *c* del péndulo interruptor *p*; *a*, rueda de los tipos; *P*, puente; *r r'*, rodillos para dar tinta a la rueda; *s s'*, rodillos para el movimiento de la cinta; *h h'*, aparato de relojería que mueve la rueda de levas *t* y el rodillo *s*; *b c*, palanca opresora de la cinta que gira alrededor de *c*; *E*, electroimán accionado por la pila local.

Por medio de una ingeniosa y sencilla disposición, se consigue que dicho contacto no se establezca ni al transmitir, ni mientras no se transmite, de modo que el circuito local sólo se cierra en el momento que la manivela del manipulador de la estación transmisora, se detiene para indicar una señal, sea letra, número ó signo convencional, consiguiéndose así que el gasto de pila sea insignificante.

A la base del receptor va atornillado un electroimán y una cajita que contiene un aparato de relojería, á cuya palanca de desembague está unida la armadura de aquél. Dicho aparato mueve dos ejes, uno de los cuales lleva el tambor que da movimiento á la cinta de papel, y el otro una rueda de levas que actúa sobre una palanca que levanta el papel, oprimiéndolo contra la rueda de los tipos. Un resorte hace que la armadura esté separada del electroimán, mientras la corriente no circule por él.

Al mover la manivela del manipulador en la estación transmisora, gira en la receptora la rueda de los tipos, y el péndulo interruptor, apoyándose en unos estilletes

que lleva ésta, no puede tomar su posición natural de equilibrio, permaneciendo en su consecuencia abierto el circuito local; pero al detenerse la manivela en una letra cualquiera, cesa el movimiento de la rueda de los tipos en la estación receptora, cerrándose el circuito local por intermedio del péndulo, y al atraer el electroimán su armadura (venciendo la resistencia de un resorte), produce el desembrague del aparato de relojería y con él el movimiento de la rueda de las levas, que levanta la palanca oprimiendo el papel contra la rueda de los tipos, imprimiéndose la letra al propio tiempo que la cinta avanza una pequeña longitud.

La llanta de la rueda de los tipos está dividida en 26 espacios, en cada uno de los cuales se ha grabado en relieve una letra y un signo ó un número, consiguiéndose el tránsito de unas y otros en la transmisión, por medio de unos estiletes acodados que lleva la rueda de los tipos, los cuales en el momento oportuno hacen bascular el cilindro que oprime la cinta contra la rueda, quedando en disposición de ser impresos á voluntad, bien letras, bien números.

Para transmitir con este aparato no hay, pues, que introducir más modificaciones, que en vez de dar dos vueltas á la manivela para pasar de letras á números, detenerla en el blanco de aquéllas ó en el de éstas, con lo cual el mecanismo impresor de la estación receptora habrá operado el cambio automáticamente.

Después de vencer las múltiples dificultades con que en la práctica se tropieza para cualquier invento, ha logrado el comandante Arbex construir en la casa Bastos y Laguna, de Zaragoza, dos receptores, con los cuales, si bien no se ha obtenido el funcionamiento regular, merced á las medianas condiciones del aparato de relojería, se ha visto de una manera clara y terminante la posibilidad de obtenerlo, pudiendo considerarse resueltos teórica y prácticamente los difíciles problemas que el autor se había propuesto solucionar.

Encargada á la casa Girod, de esta corte, la construcción de nuevos y más precisos aparatos de relojería, tan pronto como termine su trabajo, se verificarán con el aparato Breguet-Arbex, ante una comisión competente, las experiencias necesarias para comprobar su regular funcionamiento, y para entonces dejamos el proporcionar á los lectores la descripción detallada de tan importante invento, acompañada de los cálculos y figuras aclaratorias indispensables para poderse formar de él idea exacta.

No necesitamos encarecer la utilidad de tan beneficioso aparato para la telegrafía, con el cual se lograría desterrar definitivamente el perjudicialísimo sistema de recibir de memoria los despachos, como hoy acontece con los Breguet, usados por las Compañías ferroviarias, y poder aumentar considerablemente el número de estaciones del Estado, llevando tan importante adelanto á los más apartados rincones de España, con gasto insignificante para la nación, que podría confiar este servicio al mismo personal que desempeñare otro cometido, retribuido por el Estado, ya que el manejo de este telégrafo requiere escasa preparación y práctica.

Deseamos vivamente que las próximas pruebas den el resultado que es de esperar y que el éxito más lisonjero corone los desvelos y premie los asiduos trabajos del ilustrado Jefe de Ingenieros, que con su celo, inteligencia y aplicación ha prestado importante servicio á la ciencia española en general y á la telegrafía en particular.

EDUARDO GALLEG0,

Ingeniero.

(De *La Energía Eléctrica*.)

LEY DE HERENCIA

DRAMA EN CUATRO ACTOS

FOR

FEDERICO URALES

ACTO CUARTO

PERSONAJES QUE INTERVIENEN EN ÉL

Ricardo, Emilio, Elvira, Benito, dos médicos, Catalina, Juan, Delegado, dos niños, Juez, guardias, señores y caballeros de la vecindad.

Decoración.

La misma; pero la mesa será de las llamadas de ministro, y colocada en primer término á la izquierda; en el cajón un revólver. Al levantarse el telón, Ricardo estará sentado en actitud de leer. Las once la mañana.

ESCENA PRIMERA

RICARDO

Ricardo. *(Después de algunos segundos cesa de leer y apoya la cabeza en la palma de la mano; unos cuantos segundos más en esta nueva actitud, y, finalmente, toca el timbre y aparece Juan por el foro).* Di á Emilio que necesito hablarle. *(Juan entra en la segunda puerta izquierda y sale después de unos segundos, desapareciendo por el foro. Ricardo queda en la misma actitud de antes, hasta que aparece Emilio.)*

ESCENA II

RICARDO Y EMILIO *(de su habitación).*

Emilio. ¿Me llamas, Ricardo?

Ricardo. Sí; siéntate. *(Emilio obedece. Ricardo continúa).* Te pido por milésima vez, y por lo que más ames, que me entregues los diarios que reseñan la entrevista que los periodistas tuvieron con mi madre.

Emilio. Dispensa, Ricardo; el médico nos lo tiene prohibido.

Ricardo. Por manera que he de ser víctima de la infamia de todo el mundo; que he de dar ocasión á que mi silencio se interprete como un caso de demencia.

Emilio. Mejor harías no preocupándote de estas cosas; recuerda la enfermedad que acabas de sufrir á consecuencia de haber leído los diarios que pides.

Ricardo. Sin embargo, yo tengo derecho á sincerarme de tantas calumnias. Que las dejara sin contestar estando enfermo, no se prestaba á malas interpretaciones; que no las conteste gozando de salud completa, es ser cómplice de mi pretendida locura. Todo el mundo, todo el mundo menos yo conoce la contestación de mi madre. Quiero conocerla yo también; tengo derecho á ello.

Emilio. Si te acordaras... Te dió tan fuerte ataque, que todos temimos por tu vida.

Ricardo. Y por mi razón desde el momento que me pusiste una camisa de fuerza.

Emilio. Bien; ya pasó, y no te conviene hablar más de este asunto.

Ricardo. No conviene por lo mismo, ¿verdad? por mi razón. Por ella, para demostrar que la tengo poderosa y clara, deseo replicar á mis detractores. Dame un diario cualquiera, el que trate de mi locura con más benevolencia.

Emilio. ¡Pero si no puedo! Prometí no entregarte estos dichosos periódicos.

Ricardo. Bueno, léeme uno cualquiera tú mismo; así no faltarás á tu palabra. ¿Recuerdas la fecha? Hoy hace tres meses; el día siguiente de haber declarado

que no era hijo de Don Pascual. (*Ansioso y suplicante.*) Daré orden de que á nadie se permita la entrada (*Levantándose.*) Anda, Emilio, anda. (*Empujándolo.*) Prometo no decir nada... Te ruego que... ¿cómo han de suplicarte las cosas para atenderlas?

Emilio. (*Levantándose.*) Lo que te propones es una temeridad; me induces al crimen.

Ricardo. (*Abrazándolo.*) Anda, Emilio, querido Emilio; complace á tu amigo, á tu desgraciado amigo. Ya ves, se le trata de loco; ¿por qué no ha tener el consuelo de demostrar que no lo es?

Emilio. ¿Tienes el alma fuerte?

Ricardo. Inmensamente.

Emilio. ¿Eres capaz de resistir sereno una sensación tremenda?

Ricardo. Terrible; prometo escucharla sin pestañear.

Emilio. Cúmplase tu deseo; pero...

Ricardo. Ni una palabra. (*Emilio entra en su cuarto; Ricardo toca el timbre y aparece Juan.*) Hasta nueva orden no estoy en casa. (*Se retira Juan y reaparece Emilio con un diario en la mano.*)

Emilio. Siéntate.

Ricardo. Estoy bien de pie.

Emilio. No; siéntate.

Ricardo. ¿Me temes?

Emilio. Considero que sentado estarás mejor.

Ricardo. (*Sentado.*) Empieza la lectura.

Emilio. ¿Estás tranquilo?

Ricardo. No lo ves.

Emilio. Me acuerdo aún de...

Ricardo. Todo pasó: lee. (*Emilio desdobra el papel y pronuncia la primera sílaba; pero como si de pronto le amagara un temor, se para y se fija atentamente en Ricardo.*) ¡Emilio! ¿Tú también crees en mi locura?

Emilio. (*Temeroso.*) No... yo... no; ya verás. (*Ricardo escucha impasible.*) (*Emilio se pone á leer en frente de Ricardo dando el lado izquierdo al público.*) «La madre, al enterarse del objeto de nuestra visita, contestó furiosa: ¡Mentira, mentira! ¡Yo soy honrada! ¡La muerte del mundo entero antes que una mancha en mi buen nombre! Si está loco, que lo encierren. Y después, volviéndose como herida por un rayo en lo más hondo del corazón, exclamó: ¡Ah! no, no; que no lo encierren; quiero verle. Ya sanará, ya sanará; el manicomio fuera su muerte y la mía. (*Al llegar aquí Emilio, salta una columna, hecho que el público ha de notar perfectamente por el movimiento de cabeza que ejecuta.*) Sin embargo, aun contra el parecer de todas las madres, el manicomio es el único sitio á propósito para esos iluminados. Se creen genios, y son locos; se hacen pasar por apóstoles y son unos vividores. Suerte que la sociedad los trata como merecen. ¡Al manicomio! Si todos han de ir al fin, que empiecen por él.» (*Concluyendo de leer.*) ¿Estás satisfecho?

Ricardo. Sé á que atenerme.

Emilio. ¿Qué harás?

Ricardo. Nada; no merece una cuartilla.

Emilio. Creía...

Ricardo. ¿Que iba á cometer alguna barbaridad?

Emilio. Como decías...

Ricardo. Bien, veremos. Ahora déjame un rato solo.

Emilio. ¿No vas al jardín hoy?

Ricardo. Sí; me voy al jardín. Di á Juan que ya estoy en casa.

Emilio. ¿Que ya estás en casa!

Ricardo. ¿Otro caso de locura? Mal, mal, mal. ¿Cómo no han de creerme loco mis enemigos, si los amigos lo creen también? (*Mueve la cabeza en señal de amargura.*) Para evitar que se nos interrumpiera, había advertido á Juan que no admitía visitas.

Emilio. ¡No sé por qué has de darme satisfacciones!

Ricardo. ¡Ah, Emilio, Emilio! (*Váse por el foro, derecha.*)

ESCENA IV

EMILIO

Emilio. *(Se dirige al foro para cerciorarse de si realmente Ricardo se ha ido al jardín. Después, frente á la puerta segunda derecha y mirando hacia adentro).* No puede tardar. ¡Pobre Ricardo! Pero no hay otro remedio; manifiesta es su locura. Aquellas exaltaciones; aquellos arrebatos. Por otra parte, á su lado Elvira moriría. La sola presencia de Ricardo la motiva excesos de terror. Aquí viene.

ESCENA V

EMILIO, y ELVIRA *(de la segunda puerta).*

Elvira. Emilio...

Emilio. Señora...

Elvira. ¿Está usted resuelto?

Emilio. Resuelto.

Elvira. Al fin se ha convencido...

Emilio. ¡Cómo no!

Elvira. Hay que combinar la fuga, pues.

Emilio. La tengo bien combinada. Ricardo va todas las mañanas dos horas al jardín. Prepárese usted, y después, á vivir con su padre.

Elvira. No lo merece; fué demasiado egoísta. ¡Abandonarme cuando más necesitaba de su compañía, de sus consuelos y de su saber!

Emilio. Ya sabe usted lo que le perjudican las ideas tristes. A lo dicho.

Elvira. Adiós. *(A su habitación.)*

Emilio. Usted lo pase bien.

ESCENA VI

EMILIO

Emilio. ¿Es justo que por la amistad sacrifique mi porvenir? Sin embargo, ¡me aprecia tanto Ricardo! La verdad es que en todo esto nada salgo ganando. ¿Nada? ¿Y la satisfacción de tu conciencia, Emilio? ¿Y la gratitud de Elvira?

ESCENA VII

EMILIO, BENITO y MÉDICOS *(del foro).*

Benito. Buenos días. ¿Dónde está Ricardo?

Emilio. En su habitación, quizá. ¿Se puede saber de qué se trata?

Benito. De una diligencia judicial. Estos dos señores son médicos, y por encargo del señor juez han de visitar á Ricardo. *(Presentando á Emilio)* El señor Rubio, secretario particular y amigo íntimo de Ricardo.

Médicos. Servidor de usted.

Emilio. Pero, don Benito, ¿es capaz de llevar este asunto hasta el último extremo?

Benito. Lo hago por mi hija y por mis nietos.

Emilio. Puesto en razón que la esposa y los hijos se separen del padre y del marido; injusto que se recluya á Ricardo y se le declare incapaz para administrar sus bienes. Y advierto á ustedes que apuraré todos los medios legales contra tales determinaciones. Ricardo podrá estar algo enfermo; pero no tanto que haga necesaria una medida de esta índole. Además, su yerno de usted tiene lo suficiente para vivir y amigos que no le abandonarán.

Médico 1.º *(Al segundo).* Cuestión de interés.

Médico 2.º *(Al primero).* La eterna.

Benito. Usted tomará las resoluciones que halle por conveniente; nosotros venimos á cumplimentar una orden.

Emilio. *(Toca el timbre y aparece Juan).* ¿Sabes dónde está el señorito?

Juan. En el jardín.

Emilio. ¿Quieren ustedes ir allá, ó prefieren que él venga aquí?

Benito. *(Después de hablar un momento en voz baja con los médicos).* Que venga Ricardo.

Emilio. (*A Juan*). Di... (*A Benito*.) Supongo que ustedes no enterarán á Ricardo del verdadero objeto de esta visita.

Benito. (*Después de hablar un momento en voz baja con los médicos*). Para Ricardo estos señores serán representantes de una casa editorial de Francia.

Emilio. Cuidado, no sea que el loco dé varapalos á los cuerdos. (*Juan al enterarse de lo que se trata, se enjuga las lágrimas con un pañuelo*.) (*A Juan*.) Di á don Ricardo, que dos caballeros desean hablarle. (*Juan se retira por la derecha del foro, Emilio á su habitación, los demás esperan algo preocupados*.)

ESCENA VIII

BENITO Y RICARDO (*del jardín*), MÉDICOS

Ricardo. Buenos días, señores. ¿A quién tengo el honor de saludar?

Benito. (*Presentando á los médicos*). Los señores Bullot, dueños de la casa editorial que lleva su nombre. (*Presentando á Ricardo*). Don Ricardo Alonso, distinguido escritor y filósofo.

Ricardo. Celebro infinito tener tan grata visita; pero mi señor padre político ha padecido un error, que consiste en haber olvidado el *ex* á las palabras escritor y filósofo. Tomen ustedes asiento. (*Lo hacen todos*.)

Médico 2.º Precisamente nosotros veníamos á encargarle una obra de sociología. Es usted muy celebrado en España y fuera de ella.

Ricardo. Si mal no recuerdo, ustedes viven en París; París se halla, como si dijéramos, al cabo de la calle, y me extraña mucho, á fe, que los vecinos ignoren que no es verdad tanta belleza. ¿Acaso París no se ha enterado de mi locura? Y si se ha enterado, ¿á qué pedirme obras? Dentro de media hora se discutirá en los cafés de la capital de Francia lo que en Madrid sucede en este momento.

Médico 1.º Serémosle francos, don Ricardo. Nosotros sabíamos todo eso; pero queríamos evitarle el disgusto de repetirlo. Enterados de lo que le pasa, ya que España le es tan ingrata, el París intelectual ofrécele medios para rehabilitarse.

Ricardo. ¡Magnífico, aceptado! Así tendré ocasión de demostrar que todo es una calumnia. ¡Gracias, señores, gracias!

Médico 1.º Bueno, pues, condiciones para la obra.

Ricardo. Ninguna; la regalo. ¿Tesis?

Médico 2.º Libre.

Ricardo. Está bien; he aquí el sumario: Sociología, Moral y Antropología.

Médico 2.º Sobre todo Antropología.

Ricardo. Y la trataré bien. La ley de herencia es una ley exacta; pero no todos los hijos lo son de sus padres. Padres locos podrán tener hijos cuerdos, y padres cuerdos podrán tener hijos locos. Sucede á veces que la sociedad se rebela contra la Naturaleza obligando á los padres á tener hijos que no son suyos, y á los hijos á tener padres que no los engendraron; pero viene aquélla después y dice: No busquéis la sucesión en el libro de las leyes, buscadla en el de los actos; un apellido nada dice, todo lo revela una costumbre. De no ser así, se puede confundir el genio con la locura.

Médico 1.º ¡Bravo, bravo! ¡Perfectamente! Esto es raciocinar.

Médico 2.º Y de Sociología ¿qué dirá usted?

Ricardo. Para mí este mundo es malo, malísimo. Hemos de elevar el concepto del individuo. Póngase la sociedad de manera que haga la vida del hombre agradable, satisfecha, y mucho de lo que hoy creemos grandes virtudes, serán grandes preocupaciones; la caridad, por ejemplo. ¡Qué de lágrimas, qué de ternuras, qué de emociones no ha producido el sentimiento de la caridad! Y, sin embargo, todo ese mundo moral desaparece por ineficaz en una sociedad justa.

Médico 1.º ¡Bien, bravo! (*A Benito*.) ¿Qué le parece á usted?

Benito. Rematado, digo, sublime. Al oír eso los dos médicos, harán un movimiento de sorpresa, como queriendo significar ¡qué barbaridad!; pero ya es tarde, porque Ricardo, levantándose serio, majestuoso, dirá lo que sigue: Benito quedará confuso).

Ricardo. ¿De qué se trata, señores?

Médico 2.º Pues... de... eso; de... la... obra.

Ricardo. Hagan ustedes el favor de salir de esta casa inmediatamente.

Médico 1.º Usted nos dispensará, nosotros...

Ricardo. Nada de excusas, ¡a la calle! *(Por el foro.)*

ESCENA IX

RICARDO

Ricardo. ¡Adiós, ilusiones mías! ¡Ni una esperanza! *(Se pasea furioso.)* ¿Pero he de morir sin resistencia, como si fuera débil paloma? No, no y no. La presentaré terrible, desesperada, digna de mi naturaleza de hierro. He de morir luchando, como lucha el león en el desierto, como el águila lucha en la grieta de las peñas. Me resistiré ferozmente. ¡Un plan, un plan! ¡Ah, no sale de esta mente febril! ¡Si creo que al fin vendrá la locura! Tengo sed, mucha sed. Aire, aire. *(Agitado al jardín.)*

ESCENA X

EMILIO

Emilio. *(De su habitación y asomando la cabeza primero para ver si Ricardo se ha marchado.)* ¡Qué rato ha pasado! ¡Pobre Ricardo! Aún, aún tengo mis dudas. No te abandonaré yo, no, querido amigo. *(A la puerta de la habitación de Elvira.)* ¡Elvira, Elvira! Nadie responde. *(Dentro de la habitación.)* Elvira. *(Saliendo de la habitación.)* Ya me ha oído.

ESCENA XI

EMILIO Y ELVIRA *(de su habitación con los niños y una pequeña maleta en la mano).*

Emilio. No perdamos momento; Ricardo puede volver...

Elvira. ¿Qué ha pasado?

Emilio. La enteraré en la calle. *(Dirigiéndose al foro.)*

ESCENA XII

LOS MISMOS Y RICARDO

Ricardo. *(Del jardín y sin verse aún.)* Hombres ruines, infames; pero venceré, sí, venceré. *(Entrando.)* ¿A dónde vais?

Emilio. *(Turbado.)* A paseo.

Ricardo. ¡Id vosotros si queréis; mis hijos no. *(Se dirige a Elvira para quitárselos; ésta los suelta.)* Desde este momento no se separarán de mi lado. *(Se sienta en primer término, poniéndose un niño en cada rodilla; Elvira y Emilio se colocarán en segundo término, frente a la puerta del foro, y sostendrán un diálogo mudo.)* ¡Hola, prendas! ¿Con que vosotros queréis ir a paseo? Iréis con papá, y os compraré... ¿Qué deseáis?

Un niño. Un barco.

Otro. Un velocípedo.

Ricardo. ¡Caramba! ¿Queréis correr mundo?

Emilio. ¡Ricardo!

Ricardo. ¿Aún estáis aquí? *(Sin volver la cabeza.)* ¿Qué hay de nuevo?

Emilio. Nos vamos.

Ricardo. Está bien; salud. *(Emilio, después de observar a Ricardo, entra en su habitación con muchas precauciones. Elvira hará lo que Emilio; pero desaparecerá por el foro.)*

ESCENA XIII

RICARDO Y NIÑOS

Ricardo. ¿Amáis a papá, angelitos?

Niños. Sí, señor.

Ricardo. ¿Mucho, mucho? *(Los niños hacen signos afirmativos.)* Dadme un beso..., otro..., otro..., otro... ¡Ah! no, no; aunque me besárais todo el tiempo que me queda de vida, no acabaríais con mi sed de besos. Vosotros no creéis en mi locura, ¿verdad? ¡Qué les decía! *(Les besa repetidamente.)* Pobres ángeles que les falta aún razón para comprender la inmensa desgracia que sobre su padre pesa. ¿Queréis marcharos? ¿Que-

réis dejarme solo, solito, en esta casa tan grande? (*Estrechándolos contra su pecho, y mirando la puerta del foro.*) ¡Malvados! Me habéis robado los goces intelectuales y los físicos, y ahora quisiérais separarme de los únicos labios que se acercan á mis mejillas sin temor. Venid, venid, que yo os demostraré de lo que es capaz la bestia humana cuando le quitan sus cachorros. (*Gritando.*) ¡Elvira, Elvira, ven, ven á mis brazos, que en ellos hay lugar aún! Pero no; tú no amas á los locos, y ellos no pueden vivir sin amar. Nadie piensa en mí de los que saben lo que piensan; sólo estos ángeles me tienen cariño.

ESCENA XIV

LOS MISMOS Y CATALINA (*del foro, de luto, triste y pálida.*)

Catalina. Ricardo.

Ricardo. (*Sin volverse y consigo mismo.*) ¡Mi madre! (*Volviéndose.*) Adelante, madre.

Catalina. ¿Qué haces aquí?

Ricardo. Estoy cultivando el único amor que me queda.

Catalina. (*Después de mirar por todas partes.*) ¿Dónde está Elvira?

Ricardo. No sé.

Catalina. ¿Y don Benito?

Ricardo. Tampoco lo sé.

Catalina. Supongo que Emilio andará por aquí.

Ricardo. Supone usted mal, madre; estoy solo.

Catalina. (*Sentándose llorando.*) ¡Jesus, qué espantosa soledad!

Ricardo. ¿Por qué llora?

Catalina. Por ti y por mí.

Ricardo. ¡Por usted! ¿Qué le pasa? La desgracia de mi padre es vieja ya. No siempre se han de sentir las penas pasadas, y dichosos los que no les dan sucesión.

Catalina. ¿Y crees que una madre no siente las penas que sufre su hijo?

Ricardo. Creía lo contrario hasta que supe de una que no quiso dar su honra á cambio de la razón de un hijo suyo.

Catalina. ¡Ah! La honra, la honra. La mancha en ella es horriblemente fea.

Ricardo. ¡Y á mí que me parecía de una hermosura sublime!

Catalina. No todos los hombres son como tú, y además...

Ricardo. Puestas en pugna la razón del mundo y la del hijo, la madre no ha de vacilar.

Catalina. En resumidas cuentas, pudiera suceder que la madre no tuviese necesidad de elegir.

Ricardo. ¿Cómo?

Catalina. Si hubiera dudas sobre la razón del hijo.

Ricardo. (*Deja los niños en el suelo y se levanta con brusquedad.*) ¡Madre, madre; basta, basta! Jamás creyera que fuera tanta la fuerza de las preocupaciones. Yo no soy hijo de don Pascual.

Catalina. (*Levantándose.*) ¿Qué dices?

(*Emilio, mientras hablan madre é hijo, desde la puerta de la habitación llamará por señas á los niños que se habrán quedado detrás de Catalina y de Ricardo; después les enseñará una golosina y los pequeños se acercarán á él. Emilio los cogerá de las manos y se dispondrá á salir con ellos, cuando se entera de lo que dicen Ricardo y Catalina desistiendo de marcharse y entrando de nuevo á su habitación.*)

Ricardo. Mi padre se llama Ricardo, y es mi retrato; mi voz como la suya, mi estatura también.

Catalina. ¿Quién te lo dijo?

Ricardo. Usted.

Catalina. ¡Estás loco!

Ricardo. Usted; sí. ¡Dale con mi locura! Escuche usted, madre, escuche y calle. Un día se sintió indispueta; la causa de su indisposición fué un accidente que sufrió mi padre, digo, don Pascual. La velé por si era necesario, y pocos momentos después usted soñaba presa de exaltación nerviosa.

Catalina. ¿Y qué?

Ricardo. Y supe de una escena tenida con mi verdadero padre después de un día triste para usted como aquel otro día.

Catalina. (*Mirando por todas partes*). ¡Calla!

Ricardo. Aquel día supe que mi padre se llamaba Ricardo y que quiso verme en la cuna. Usted...

Catalina. (*Poniéndole el pañuelo en la boca*). ¡Calla, calla!

Ricardo. ¿Soy ó no soy loco?

Catalina. No; silencio.

Ricardo. ¿Soy ó no soy hijo de ese don Ricardo á quien desconozco?

Catalina. Sí. ¡Calla!

Ricardo. Pues este sí y este no pueden salvarme. Pronúncielos usted ante una persona, una siquiera.

Catalina. Sí, sí; los pronunciaré; pero antes...

Ricardo. Antes, ¿qué? ¿Hay algo primero que mi razón?

Catalina. Antes quiero arreglarlo todo para después morir.

Ricardo. ¿Qué dice usted? ¿Qué ha dicho? Repítalo. Mátese, mátese usted; pero le advierto que de nada servirá su muerte. Entonces seré loco por fuerza. Si no tiene usted valor para resistir á las preocupaciones del mundo, está bien el inri en mi frente. Soy loco, sí, soy loco.

Catalina. Lo pensaré.

Ricardo. ¿Pero qué ha de pensar usted, infeliz madre? ¿No tiene el amor de su hijo? ¿Qué ha de importarle el mundo?

Catalina. Sí, sí; tienes razón.

Ricardo. ¿Se decide al fin?

Catalina. Sí.

Ricardo. (*Abrazándola y besándola con alegría*). ¿Es verdad? ¿no me engaña?

Catalina. Déjame, no me detengas; cuanto más tarde yo en marchar, más tardarás tú en recobrar la razón.

Ricardo. (*Acompañándola hasta la puerta del foro*). Es cierto; váyase usted, váyase.

Catalina. (*Que había ya desaparecido*). Ricardo, hijo mío, un beso.

Ricardo. Mil, madre, mil. (*Se besan, y vase Catalina por el foro*.)

ESCENA XV

RICARDO Y EMILIO (*de su habitación*).

Ricardo. ¡Con qué facilidad recobra un hombre la razón!

Emilio. Ricardo.

Ricardo. ¿Ya estáis de vuelta?

Emilio. No.

Ricardo. ¿Cómo?

Emilio. No me he marchado.

Ricardo. ¿Estabas aquí?

Emilio. Y lo he oído todo.

Ricardo. ¿Que lo has oído todo?

Emilio. Perdóname; pero mi intención no ha sido...

Ricardo. Explicate.

Emilio. Aunque el último, amigo mío, dudé también de tu razón. Elvira, con mi complicidad, había de abandonar hoy esta casa llevándose los niños. Cuando lo hacíamos, nos has sorprendido. Dispuesto yo á llevar á cabo esta medida, hice con como si me marchara y me quedé con objeto de aprovechar un descuido tuyo y huir los pequeños. En mi despacho estaba al llegar tu madre y ya realizaba mis propósitos cuando... dispensa mi torpeza y el disgusto que iba á darte.

Ricardo. Dispensado.

Emilio. (*Estrechándole la mano*). Gracias, gracias.

ESCENA XVI

LOS MISMOS Y BENITO, DELEGADO Y GUARDIAS (*del foro en donde se quedan éstos*).

Delegado. Buenos días.

Ricardo. ¿En qué puedo serles útil?

Delegado. De orden del señor juez, haga usted el favor de entregar los niños Benito Alonso Pacheco y Emilio Alonso Pacheco á su madre, doña Elvira Pacheco López, representada aquí por don Benito Pacheco Olivares.

(*Emilio, al enterarse de lo que se trata, cogerá los niños, poniéndose con ellos detrás de Ricardo.*)

Ricardo. Diga usted al señor juez, que don Ricardo Alonso, padre de los niños, se niega á entregarlos.

Delegado. El señor Alonso nada ha de mandar; ha de obedecer solamente.

Ricardo. Me hallo en casa propia, tengo de mi lado la razón, y en es'e momento la fuerza y todo.

Delegado. Guardias. (*Se adelantan los que habrán esperado en la puerta.*) Ahora sabremos de qué lado está la fuerza.

Ricardo. (*Toca el timbre repetidas veces y se presentan dos ó tres criados en distintos puntos, y no todos á un tiempo.*) Ved que estoy dispuesto á todo.

Delegado. El que está dispuesto á todo soy yo. Guardias, apoderáos de aquellos niños. (*Los guardias hacen un movimiento de avance hacia donde se hallan los pequeños.*)

Ricardo. (*Sacando el revólver de la mesa.*) El león ante mi fiereza es mansa oveja, y eso que el león acabaría con todos ustedes. ¡Se retiran, ó hago fuego!

(*Benito pronuncia unas cuantas palabras al oído del delegado.*)

Delegado. Volveremos; guardias, seguidme. (*Por el foro.*)

Ricardo. (*A los criados.*) Podéis retiraros.

ESCENA XVII

RICARDO Y EMILIO

Ricardo. Pronto, pronto; saca mis hijos de aquí.

Emilio. Te lo iba á proponer.

Ricardo. ¿Dónde los llevarás?

Emilio. Veremos; confía en mí.

Ricardo. Cuidado, Emilio, te entrego lo que más amo en el mundo.

Emilio. Soy digno de tu confianza.

Ricardo. Está bien; ya sabrás noticias mías. Salud, hijos queridos. Dadme un beso, otro, otro. (*Les besa él con frenesí.*) Ahora un abrazo, Emilio. (*Se abrazan, y después Emilio y los niños por el foro.*)

ESCENA XVIII

RICARDO

Ricardo. (*Tocando el timbre.*) Juan, Juan.

Juan. (*Del foro.*) Señorito.

Ricardo. Paga á los criados; dales ocho días de libertad, y que vengan á recibir órdenes después. Hecho esto, arregla lo indispensable para un viaje también de ocho días. Los viajeros somos tú y yo. Avisa cuando lo tengas todo dispuesto. Puedes retirarte. (*Juan obedece y vase á las habitaciones interiores.*) Soy terrible, me comprendo y quiero huir del peligro. Sería capaz de hacerme matar como rabiosa fiera. Pero quiero vivir por mis hijos, por su educación, que será mi felicidad. He llegado á aborrecerlo todo, y cuanto más aborrezco, más amo á mis hijos queridos, como si en ellos viera á la humanidad dichosa que ha de suceder á esta infeliz. Huiré con ellos lejos del contacto pestilente de este mundo...

ESCENA XIX

RICARDO, BENITO, JUEZ, DELEGADO y GUARDIAS (*del foro*).

Ricardo. El señor juez ha llegado tarde.

Juez. Dos testigos.

Ricardo. ¿Para qué?

Juez. Hemos de verificar un registro.

Ricardo. Inútilment.

Juez. Es que vengo por los hijos ó por el padre.

Ricardo. ¡Prenderme á mí!

Juez. A usted, que es un peligro para sus semejantes. He venido en son de paz; entregue usted á sus hijos y le dejaremos libre, aunque vigilado.

Ricardo. (*A Benito*). ¿Es decir, que se me prepara una celada? Pues sepa usted que he hecho testamento legando todos mis bienes á mis hijos y curador de ellos á Emilio.

Juez. Se ha recurrido á la ley.

Ricardo. Pero, ¿qué ley es esa que separa los hijos de su padre?

Juan. (*De la puerta habitaciones*). Señorito, está todo...

Juez. (*A Juan*). Diga usted: ¿qué es lo que está todo...?

Juan. Nada...

Juez. El señor juez le exhorta á que diga la verdad.

Ricardo. La diré yo: mis hijos están ya camino del extranjero y me disponía á seguirles.

Juez. ¿Es decir, que pretende usted burlar la acción de la justicia!

Ricardo. Me propuse satisfacer mis pasiones de padre, y si la justicia se opone á ellas, es contraria á la naturaleza humana.

Juez. No estoy por filosofías de mejor ó peor gusto. He venido á hacer cumplir la ley y, á falta de los hijos, me llevaré al padre.

Ricardo. Pero sepamos por qué.

Juez. Interín, por desacato á la autoridad; después, veremos.

Ricardo. Pues el señor juez habrá de sacarme á la fuerza, cosa no tan fácil como á primera vista parece.

Juez. Deponga usted, joven, esta actitud, que ha de serle peor. Ved que ahora soy yo el más fuerte. ¿Dónde estas teorías de fraternidad, de esa moral sublime de que usted hace gala? ¿A santo de qué teorías modernas se acude á la desesperación, á la amenaza y á la muerte?

Ricardo. Es que ya no soy el hombre; soy la bestia acorralada por la multitud ignorante y por un juez cómplice de aquélla. Cosa buena son las pasiones; el hombre resulta de ellas; pero excitadas y se manifestará la bestia mil veces más temible que la del desierto, porque está mil veces mejor organizada. ¿Quieren que yo respete los mandatos de la ley y los caprichos de la multitud? Hagan respetables á esos caprichos y á aquellos mandatos. De lo contrario, cuanto más perfecto sea el individuo, tanto más se opondrá á las exigencias de la opinión.

Juez. Repito que no he venido á escuchar razones.

Ricardo. ¿Es que el Juez ha de oír sólo los gritos de la ignorancia? ¿Es que la razón individual ha de estrellarse contra el cráneo de las multitudes? Si así es, maldita mil veces esta...

Juez. ¡Basta ya! ¡Guardias, sujetadlo! (*Los guardias hacen un movimiento para apoderarse de Ricardo; éste, disimuladamente prepara el revólver, cuando se oyen gritos y sollozos de mujeres y se paran todos á escucharlos.*)

ESCENA XX

Los mismos y CATALINA, ELVIRA, EMILIO con los niños, FEDERICO, dos periodistas y gente de la vecindad (*del foro*).

Catalina. (*Del foro*). ¡Hijo mío, hijo mío!

Elvira. (*Del foro*). ¡Ricardo del alma!

(*Todos los de la escena abrirán paso al entrar Catalina, Elvira y Emilio, que se colocarán en medio de la escena, llevando Emilio los niños uno en cada mano. Ricardo, indiferente á todo, sólo se da cuenta de la presencia de sus hijos, y Catalina y Elvira se sorprenderán de la frialdad con que son recibidas.*)

Ricardo. ¡Emilio, Emilio, huye!

Emilio. No.

Ricardo. Me has engañado.

Juez. Doña Elvira, hacéos cargo de vuestros hijos. (*Tomando los niños de Emilio y entregándolos á Elvira sin que aquél haga resistencia ni ésta se apresure á recogerlos. En este momento, y cuando Catalina dirá lo que sigue, Ricardo se apodera de sus hijos, estrechándolos contra su corazón y besándolos repetidas veces.*)

Catalina. Señor Juez, necesito hablar un momento con su señoría.

Juez. Cuando usted guste.

Catalina. Y con usted también, D. Benito. (*Dirigiéndose a la habitación de Ricardo.*)

Emilio. (*Al llegar a la puerta doña Catalina.*) Doña Catalina: yo aconsejaría a usted que tomara por testigos a estos tres señores; son periodistas. (*Señalando a Federico.*)

Catalina. (*Como haciendo un gran sacrificio.*) ¡Ah! Que entren. (*A la habitación de Ricardo.*)

ESCENA XXI

LOS MISMOS MENOS CATALINA, BENITO, JUEZ, FEDERICO Y LOS TRES PERIODISTAS

Ricardo. Aquí, aquí, fuerte; nadie os separará de mi lado, sin que le ahogue entre mis brazos. Quitadme la razón, sí, quitádmela; de nada sirve en un mundo incapaz de comprenderla; pero a mis hijos, no, a mis hijos, no, son mi único amor, mi único consuelo.

Emilio. Hazte cargo de la situación, Ricardo. Al salir de aquí, me he dirigido a casa de tu madre; la encontré con doña Elvira, y a las dos he explicado lo difícil de tu situación. A mis ruegos doña Catalina ha dicho con desesperado acento: Vamos allá, mi hijo no está loco; dijo la verdad al decir que no era hijo de mi esposo. Por su razón estoy dispuesta a sacrificar mi honra. Por el camino hemos encontrado a Federico y a dos amigos suyos. Elvira misma les ha suplicado que nos acompañaran y en este momento están en tu despacho con tu madre, D. Benito y el señor Juez. Elvira, al enterarse lloraba de alegría por ti, y por ella de pesar. Mícala, allí la tienes; perdónala, amigo querido.

Ricardo. (*Mientras Emilio hace el relato anterior demostrando las emociones de su alma.*) ¿Sí?... ¡Ah!... Sí... ¿Es cierto?... Sí, sí... Entiendo... ¡Ah! pobre madre... Sí... sí. Elvira se ha conducido indignamente...

Emilio. Mira, parece un cadáver; le devolveré la vida una sola palabra tuya.

Ricardo. (*A Elvira.*) Por grandes que sean los agravios recibidos, los locos como yo perdonan siempre. Ven a mis brazos.

Elvira. (*Se precipita a ellos llorando y sin decir lo que sigue hasta pasado un momento.*) ¡Gracias, gracias!, Ricardo, vida mía.

Catalina. (*De dentro.*) ¡Hijo mío!

Ricardo. ¡Madre adorada!

ESCENA ÚLTIMA

TODOS LOS DE LA ESCENA XIX

Catalina. ¡Hijo mío! (*Por un momento Ricardo tendrá una mujer en cada lado hasta que Catalina se desprenderá de los brazos de Ricardo diciendo lo que sigue al público de la escena.*) Está consumado el sacrificio. Ricardo es hijo de un amor ilegítimo.

Ricardo. (*Desprendiéndose con fiereza de los brazos de Elvira.*) Deshonrada a los ojos del vulgo, no a los de su hijo. Usted a mi lado siempre, y siempre amada. ¡A mis brazos! (*Quedan abrazados madre é hijo.*)

Fin del drama.





SECCION LIBRE

CUATRO PALABRAS Á CLARÍN

Considero á mi amigo Mella capaz para demostrar al autor que firma sus escritos con el pseudónimo que encabeza el presente, que algunos libertarios pueden contender dignamente con bastantes catedráticos españoles; pero el Sr. *Clarín*, en el artículo que publicó en *Vida Nueva*, dedicado á Mella, alude, por tercera ó cuarta vez, á mi frase, *El cristianismo fué una tontería*, inserta en esta Revista; y al objeto de que dicho señor no crea que, en mi ignorancia de libertario y de librepensador anticristiano, no me doy por entendido, cojo la pluma para hacerme cargo de sus alusiones.

No niego el saber del Sr. *Clarín* ni pretendo, con este reconocimiento que hago de su talento, que me reconozca las cualidades que ha negado á los libertarios y á ciertos librepensadores; únicamente pretendo demostrarle que, si citar con oportunidad y gracia á los autores y á las ideas que se han leído, es un gran mérito, más grande es aún exponer ideas propias, ayudado poco ó mucho, regularmente poco, de la lectura que uno se ha metido en el cuerpo, porque no la necesita para escribir artículos. El erudito que llama ignorante al autor que no cita cien nombres en sus trabajos, y el que califica de *Biblioteca* al que sólo expone ideas ajenas, son igualmente injustos, porque ni uno ni otro dicen lo que quieren, sino lo que pueden, lo que exige sus condiciones orgánicas y el ambiente que los ha formado.

El Sr. *Clarín*, á pesar de su pluma y de los libros que ha hojeado, que no son pocos, ó quizá por ellos, padece grave desarreglo nervioso. En él predomina la intelectualidad sobre la materialidad, y, como todos los que se han apartado de la Naturaleza para acercarse á Dios, aproximación exigida precisamente por la clase de ejercicios á que se dedican, pues las cuestiones orgánicas no pueden sustraerse á la influencia del ejercicio, *hase sentido dispuesto* para hacer del misticismo una solución espiritual y material, y del cristianismo, esencialmente místico, un compendio de verdades y de virtudes.

Aparte la herencia, en la sociedad presente hay que buscar siempre en la profesión que uno ejerce el génesis de sus desarreglos orgánicos, y en estos desarreglos la causa de que aprecie de una manera ó de otra los problemas de la vida. Las ideas son sensaciones, y un mismo hecho impresiona al cerebro de diferente manera, según el estado del sistema nervioso que ha de transmitir la impresión. Así, *Clarín*, por ejemplo, más que por demostrar que no es preocupación suya su parecer sobre la ignorancia de los anticristianos, que por una exigencia de su temperamento, comprende entre los librepensadores superficiales á Max Nordau y á Lombroso, sin que el

catedrático de Oviedo se considere ignorante, á pesar de no haber alcanzado la fama universal de los dos citados autores. Y es que Lombroso y Max Nordau expusieron ideas que, al topar con el temperamento místico del autor de *La Regenta*, le impresionaron de modo desagradable.

La diversidad de pareceres no reconoce otro objeto que la diversidad de temperamento. Salvo los fenómenos fisiológicos, la diferente construcción cerebral es causa de que uno sea más inteligente que otro en determinado ramo de la actividad humana; pero no que apreciemos de diferente manera una obra de arte, una doctrina, etc.

Max Nordau y Lombroso han dicho que el cristianismo es obra de una humanidad doliente, de una humanidad que había perdido, en el vicio primero y en el misticismo después, aquella sana energía y ganas de vivir que nos lega la Naturaleza cuando la asistimos debidamente; y *Clarín*, que es místico porque es un cristiano sincero, y es cristiano porque no siente la naturaleza con la energía de un cuerpo fuerte, ha creído robustecer su fe en el ideal, llamando ignorantes á los autores que tan mala sensación transmitieron al cerebro del catedrático de Oviedo.

Por esto he dicho siempre, y repetiré hasta que pueda, es decir, hasta que el ambiente, el ejercicio, las funciones á que me someta la sociedad, pervierta mi materia, altere mi sistema nervioso y, por consiguiente, modifique mis pensamientos, que la mejor ciencia y el mejor saber consiste en dejarnos guiar por lo que reclama un cuerpo lleno de salud. Porque el Sr. *Clarín*, proclamando las excelencias del cristianismo, asustándose ó burlándose de mis conceptos contrarios á la religión de Jesús, y los que consideramos esta religión como una lágrima que salta de ojos hipocondriacos, procurando convencer al mundo de que el objeto de la vida es el goce, y de que sólo viven aquellos que satisfacen sus necesidades físicas, morales é intelectuales, es decir, sus pasiones, sus sentimientos y sus ideas, no hacemos más que obedecer á las exigencias de nuestras condiciones orgánicas, unas buenas y otras malas, materialmente hablando; malas, las de los que consideran la vida como un valle de lágrimas, porque son organismos muertos; y buenas, las de los que estimamos la existencia como un goce inefable, porque somos organismos vivos.

Yo, lo digo con franqueza, no he leído *Las Ruinas de Palmira* ni otras obras de fama universal; no he tenido *paciencia* para leerlas; sin embargo, he *podido* leer la *Biblia*. Para comprender que el cristianismo es, entre otras cosas, una injusticia, ¿se necesita haber hojeado la primera de dichas obras? De ninguna manera. Basta con saber que Cristo dijo: «Siempre habrá pobres entre vosotros», y comprender que la pobreza es una injusticia en un mundo tan rico como el nuestro.

Además, á ciencia cierta no se sabe si la frase es ó no cristiana, pues se presta á muchas dudas el hecho de que los primeros propagandistas de la doctrina fuesen comunistas, y, por consiguiente, enemigos de un régimen que pudiese producir pobres. Y si Cristo fué partidario de la igualdad económica, ¿por qué no lo son los cristianos como *Clarín*? Si no lo fué, ¿cómo no llamar tontería á un ideal que pretende redimir al mundo con la caridad, cuando se ha visto que nadie la practica, y que nada resuelve?

¿Cree el Sr. *Clarín* que son cristianas las hermosas palabras «amaos los unos á los otros», «lo que no quieras para ti, no lo desees para otro»? El que llama ignorante á los demás ha de saber que antes de Cristo se habían ya esculpido. ¿Qué le queda al cristianismo si reconocemos su moral en la de los filósofos de la antigüedad y, sobre todo, en la de las religiones orientales que la precedieron?

Yo me permito suplicar al Sr. *Clarín* que me demuestre con razones, no con palabras, que más ofenden que convencen, porque procuran, antes que llegar al convencimiento, rozar con la dignidad, que el cristianismo no fué una tontería, ni ha sido jamás una injusticia, ni germinó en organismos enfermos.

Si así lo hiciera, si acompañara argumentos á sus palabras como lo hago yo, y lograra sacarme del error ó de la herejía en que me hallo sumido, entonces podría invocar la tolerancia y la razón, en este momento de mi parte la primera, puesto que expongo mis ideas, buenas ó malas, procurando no ofender á nadie, y en litigio la segunda, porque á nadie convence llamar á uno ignorante por el hecho de haber calificado de tontería á la doctrina cristiana, cuando á las palabras no se acompañe la demostración, como no la acompaña el Sr. *Clarín*.

Y si, lo que no creo, esta tarea le fuese enojosa á dicho señor, me pongo á su disposición para discutir con él cualquier problema de sociología ó de derecho natural, de cuya asignatura es catedrático en la Universidad de Oviedo; esperando que, por esta vez, no intentará salir del paso en que lo mete su temperamento crítico, con los medios con que otras veces ha salido de situaciones semejantes, es decir, negándose á contender con los que él mismo había provocado, que son, si mal no recuerdo, Pompeyo Gener, Dicenta, Bonafoux é Iglesias.

ojo !!

FEDERICO URALES.



“LA CONQUISTA DEL PAN,,

Esta magnífica obra de sociología, la mejor que ha escrito el célebre escritor ruso Pedro Kropotkine, puede adquirirse en esta Administración por 2 pesetas. El precio que el libro lleva marcado es el de 2'50, y esta cantidad han de pagar quienes quieran la obra por conducto de nuestros corresponsales. No se responde de los extravíos si al importe no se acompaña 25 céntimos para certificar el libro.





TRIBUNA DEL OBRERO

LA LEY NATURAL SE IMPONE

Estamos con Copérnico, Galileo, Newton y la Place, que los astros, los hombres, los animales y las plantas, se mueven, se desarrollan en el espacio en virtud de una ley natural que se deduce matemáticamente de las propiedades de los cuerpos, testificada por la experiencia; ley necesaria que no varía jamás, porque la evolución lo demuestra y lo ha demostrado. La constancia, la inmutabilidad, ha venido á ser verdad evidente sólo combatida é impugnada por los que á causa de la preocupación y fanatismo, cierran el espíritu á la luz refulgente que la ciencia irradia. Verdad que esto destruye los milagros bíblicos y *sagrados*; pero ¿la ciencia ha de enmudecer acaso delante de esas leyendas pueriles que la humanidad por largo tiempo aceptó sin examen?

Ningún sér en el reino animal ni en el vegetal, se ha producido con organización completa. La especie humana no ha llegado de *rondón*, como intereses bastardos sostienen, al estado de perfección de hoy.

Esta perfección, es la suma de una progresión creciente, y se ha operado este progreso físico y moral por una larga sucesión de siglos, por una inmensa aglomeración de circunstancias físico-morales, por las cuales está en vía de llegar en lo humano al advenimiento y reinado del verdadero hombre.

Bajo la luz de la ciencia y de la filosofía positiva, la humanidad puede marchar sin clericales andadores. Sabemos lo que vale la libertad; sabemos cuánto es independiente la razón de los dogmas religiosos; sabemos que el hombre ya no tiene necesidad de intermediarios á sueldo y credencial entre su conciencia y... *Dios*.

Hoy un profeta no puede parar el sol.

Con frecuencia nos preguntamos: ¿cómo no se considera que seiscientos años antes de Jesús, el budhismo abolió las castas y sacrificios y proclamó la igualdad de los hombres? También nos quedamos absortos y aturdidos al investigar las diversas definiciones de lo que se ha entendido por Dios ó por el alma del mundo desde tiempos remotos.

La idea de *Dios*, presentada á la niñez de una manera pavorosa, vulnera las tiernas facultades razonadoras de su entendimiento. Y si un pequeño buen Dios le presentamos, como si dijéramos á manera de andadores en su desarrollo moral, se acaba por perder toda independencia de criterio.

Las cosas del cielo, hasta hoy no son sino una mala interpretación del humano espíritu, un fanatismo, reflejo de la inteligencia humana.

La idea de Dios, no fué sino la resultante de la idea de sufrimiento.

Probablemente surgió del terror que á los hombres inspiraban grandezas inexplicadas.

Vemos que el hombre desde los primitivos tiempos se humilla ante el sol, ante el impetuoso torrente, ante las catástrofes y las maravillas, ante lo bello y lo horrible.

De una sensación terrorífica y dolorosa nació la idea de lo sobrenatural.

Los audaces reconocieron la conveniencia de mantener la idea.

Los opresores han explotado estas circunstancias; así vemos numerosas tribus, grandes pueblos, sucumbir á la audacia de los menos que avanzaban con enseña divina.

Dedíquense á la enseñanza profesores despreocupados, cerebros que tiendan á dilatar los horizontes de la vida, no alucinados que la empequeñezcan y limiten, despotas que la subyuguen y torturen.

Que no se menosprecie la razón, ni se proscriba la verdad, ni se insulte la justicia.

Evitemos el monopolio de la enseñanza en provecho del clero y de los políticos, de la *Iglesia* y el *Estado*.

Prevenámonos tanto contra la religión como el Estado.

Son las llagas cancerosas de la humanidad.

J. CLARÓS.

Málaga.



LA REVISTA BLANCA



Sociología, Ciencia y Arte.

La colección de esta Revista, que compone un volumen de 700 páginas, con los grabados y biografías de Bakounine, Zola, Sebastián Faure, Pí y Margall, Koch, Proudhon, Luisa Michel, Gerardo Hauptman, Víctor Hugo, Tolstoï, Ibsen, Malato y de otros artistas científicos, sociólogos y revolucionarios, puede adquirirse en esta Administración por 4 pesetas.

